

Sí hubo heterodoxia, en cambio, en la propuesta de Graindelavoix, el rompedor grupo vocal belga liderado por Björn Schmelzer. El problema es que una idéntica heterodoxia, a fuer de repetirse de idéntico modo, acaba convirtiéndose en ortodoxia y perdiendo toda su aura de transgresión. Su espectáculo comenzaba con una ocurrencia poco oportuna: dos hombres van depositando en un escenario en silencio y penumbra una serie de pesados sacos blancos que semejan ataúdes. En Holanda está aún muy reciente la tragedia del MH17 de Malaysia Airlines, derribado el pasado 17 de julio sobre la frontera ucrania, en territorio controlado por los separatistas prorrusos, y en el que perecieron casi dos centenares de sus ciudadanos. Muchos espectadores observaron la escena con escalofríos. Luego los sacos contenían únicamente tierra que acabó esparcida por una parte del escenario y que sirvió para semienterrar a uno de los cantantes del grupo. Más tarde apareció una niña dando vueltas por la sala, entonando en solitario lo que parecía una canción popular y, al final, un hombre, subido en una escalera, acabó colgando una enorme tela blanca a modo de pantalla. Entretanto, el grupo se desplazaba, ora muy juntos, ora muy apartados, casi por todas partes, dirigido con gestos mecánicos y repetidos *ad infinitum* por Schmelzer o por la citada Olalla Alemán. Es difícil comprender el porqué de todo este mejunje de idas y venidas, como tampoco resulta fácil adivinar por qué Schmelzer («músico y *antropólogo*», como le gusta resaltar) hace cantar la polifonía de un modo tan tosco, tan imperfecto y con la inclusión de algún cantante que remeda tradiciones populares (como el canto gutural que se practica en Cerdeña). Al principio, cuando un potente reflector iba girando sin cesar trescientos sesenta grados e iluminando sucesivamente al público, un espectador se quejó en voz alta de que no paraba de deslumbrarle. La ocurrencia tenía todos los visos de ser una pequeña *vendetta* de Schmelzer, que no ha debido de olvidar que, en su espectáculo inaugural del Festival de 2011, *Cesena*, no fue solamente un espectador, sino muchos, los que protestaron ruidosamente de que, durante la prolongada oscuridad reinante durante el primer tramo del espectáculo, no se veía absolutamente nada de lo que, a tenor de los ruidos que se escuchaban, parecía estar acaeciando sobre el escenario. Si querían entonces luz, ahora les fueron servidas dos tazas. Quienes logren entrar en el juego de Schmelzer, que va camino de convertirse en víctima de sus propios clichés, quizá disfruten con sus poses de *enfant terrible*. Pero la entidad de lo que se vio y se oyó en el Vredenburg fue mínima y demostró ser incapaz de dejar el más mínimo rastro en la memoria. Puro posmodernismo huero y desustanciado.

**Luis Gago (www.revistadelibros.com 12/09/14)**